

XCI

“Pues qué, ¿el Señor que nos dirige y mueve
 “Y de más duro caso os ha salvado,
 “No os sostiene? ¿Hay alguno que se atreve
 “Su clemencia á dudar desconfiado?
 “Ya con placer recordaréis en breve
 “Vuestras penas y el voto desatado:
 “Sufrid ora animosos, os lo ruego,
 “Y á la gloria os guardad que vendrá luego.”

XCII

Con estas voces las turbadas mentes
 Calma y con rostro plácido y sereno;
 Mas cuidados agudos y dolientes
 Ocultamente bullen en su seno:
 Cómo ha de mantener á tantas gentes
 En la escasez, piensa de angustia lleno;
 Cómo la armada egipcia derrotara
 Y á los ladrones árabes domara.

FIN DEL CANTO QUINTO.

CANTO SEXTO.

Desafío de Argante. Su combate con Tancredo, interrumpido por la noche.
 Va la enamorada Herminia al campo de los cristianos.

I

Están con más tranquilos corazones
 Los sitiados, y su ánimo seguro,
 Que sobre las que guardan, provisiones
 De la noche reciben en lo oscuro:
 Armas tienen, pertrechos, municiones
 De la parte del Norte tras el muro,
 Que alto, sólido, grueso y reparado,
 No teme ser batido ó asaltado.

II

Mas el rey no descansa reforzando
 Aquí ó allí los flancos ó los fosos,
 Ya alumbre el áureo sol, ya estén brillando
 De estrella ó luna rayos más dudosos.
 Sin cesar nuevas armas fabricando
 Tiene á los operarios afanosos.
 Mientras en esto entiendo, el impaciente
 Argante viene y dícele vehemente:

III

"¿Y hasta cuándo nos guardas prisioneros
 "Tras los muros en vil asedio y lento?
 "Oigo, sí, sonar yunques, y de aceros,
 "De escudos, de corazas ruido sienta,
 "Mas, para qué, no sé. Los bandoleros
 "Corren campo y poblado á su contento,
 "Sin que los nuestros á estorbarlo acierten
 "O siquiera las trompas los despierten.

IV

"Jamás ven sus comidas de enemiga
 "Fuerza turbadas ni su alegre cena.
 "Día y noche sin yelmo y sin lorica
 "Pasan tranquilos en quietud serena;
 "A vosotros el hambre y la fatiga
 "Con el tiempo á rendiros os condena,
 "O á morir aquí muerte de cobarde,
 "Si de Egipto el auxilio llega tarde.

V

"Por mí, no quiero que esa innoble muerte
 "Mis días hunda en tenebroso olvido,
 "Ni me ha de hallar tras de este muro fuerte
 "Del sol la nueva luz, así escondido:
 "Que de la vida mía haga la suerte
 "Lo que el cielo tuviere decidido;
 "Mas he de hacer que quede por memoria
 "Que peleando sucumbí con gloria.

VI

"Si del valor que un tiempo os distinguía
 "No viese ya toda semilla muerta,
 "No el morir combatiendo esperaría,
 "Sino la vida y la victoria cierta.
 "Al enemigo al despuntar el día
 "Busquemos todos en campaña abierta:
 "El más audaz partido en los extremos
 "Que es el más acertado ver solemos.

VII

"Mas si juzgas acaso temerario
 "Tu ejército exponer en la salida,
 "Propon que de un guerrero y su contrario
 "Combate singular todo decida,
 "Y porque más acepte voluntario
 "El franco Capitan esta medida,
 "Que armas elija, condiciones ponga
 "Y todo á su contento lo disponga.

VIII

"Que si dos manos tiene el enemigo
 "Y un alma sola, aunque valiente y fiera,
 "Por ningún caso temas que conmigo
 "La causa que sostenga pereciera;
 "Si fortuna te falta ó hado amigo,
 "De mi diestra victoria cierta espera,
 "La misma que te extendiendo ahora en prenda
 "De que si en ella fias te defienda."

IX

Calló y responde el Rey: "Jóven ardiente,
 "Aunque en edad me ves grave y anciano,
 "Débil ó flaca mi alma no se siente,
 "Ni al hierro es tan inútil esta mano
 "Que vivir prefiriera innoblemente
 "A perecer á manos del cristiano,
 "Si creyera cual tú que morirémos
 "De hambre, sed y cansancio á los extremos.

X

"¡Dios tal infamia evite! A revelarte
 "Voy mis miras á todos escondidas:
 "Soliman de Nicea quiere en parte
 "Sus ofensas vengar, y apercibidas
 "Del Árabe que en tribus se reparte,
 "Muchas en Libia tiene reunidas,
 "Y atacando al contrario en noche oscura,
 "Darnos auxilio y víveres procura.

XI

“ Pronto aquí llegará; mas si entretanto
 “ Nuestros fortines fueren destrozados,
 “ Nada importa, si puedo el real manto
 “ Y mi palacio ver asegurados.
 “ Tú la ira y valor reporta un tanto
 “ Que á tal extremo muestras exaltados,
 “ Y la ocasión espera con templanza
 “ Oportuna á tu gloria y mi venganza.”

XII

Esto al feroz Argante rabiar hace,
 Que era de Soliman viejo enemigo,
 Y oír amargamente le desplace
 Que tanto dél espere el Rey su amigo.
 Respóndele: “Haz, señor, lo que te place
 “ En paz ó en guerra, nada en ello digo;
 “ Espera á Soliman por si llegare,
 “ Y él, que perdió su reino, el tuyo ampare.”

XIII

“ Venga á tí cual del cielo descendido
 “ Libertador del fiel pueblo pagano:
 “ Yo, que bastarme á mí siempre he sabido,
 “ No quiero libertad de ajena mano.
 “ Miétras reposan todos, concedido
 “ Me sea á pelear salir al llano;
 “ No tu campeón, privado caballero,
 “ Un singular combate buscar quiero.”

XIV

Replica el Rey: “Aunque valor y espada
 “ A mejor uso reservar debieras,
 “ Si á algun cristiano desafiar te agrada,
 “ No lo prohíbo, haráslo cuando quieras.”
 Esto al oír aquel, no espera nada;
 “ Baja—dice á un heraldo—á las trincheras,
 “ Y al franco general públicamente
 “ Estas propuestas mías haz presente:

XV

“ Un caballero que por mengua tiene
 “ Que le encierre muralla, torre ó foso,
 “ Con armas y en el campo aquí mantiene
 “ Contra quien lo negare mentiroso,
 “ Que no por fe ni honor al Asia viene
 “ De francos el ejército alevoso,
 “ Sino le traen miras de avaricia,
 “ Y de reinar y de robar codicia;

XVI

“ Vendrá al campo á esperar, apercebido,
 “ No al primero y segundo solamente,
 “ Tercero, cuarto y quinto es admitido,
 “ Sean de vulgar estirpe ó noble gente:
 “ Campo seguro pide, y que el vencido
 “ Del vencedor sea siervo justamente
 “ A ley de guerra.” Dice, y el enviado
 Viste el tabardo púrpura y dorado.

XVII

Llegado que hubo á la real presencia
 Del príncipe Gofredo y sus barones,
 “ Señor—dice—¿á un heraldo das licencia
 “ De que hable libre en francas expresiones?”
 “ Dóyte—dijo Gofredo—libre audiencia,
 “ Dí sin ningun temor lo que propones.”
 Y el otro: “Mostraráse si te agrada
 “ O formidable te es la alta embajada.”

XVIII

Luego el osado reto va exponiendo,
 En frase retumbante y altanera.
 Miétras habla, de cólera está ardiendo
 Aquella brava multitud guerrera.
 Dice Bullon al punto respondiéndole:
 “ El caballero emprende hazaña fiera,
 “ Y de ella creo pronto se arrepienta
 “ Sin que al quinto lleguemos en la cuenta;

XIX

“ Mas á la prueba venga sin que ultraje
 “ Tema, que campo le daré seguro,
 “ Y saldrá sin que en nada se aventaje
 “ De mis guerreros uno: se lo juro.”
 Calló, y el rey de armas en su viaje
 Por la via que trajo vuelve al muro,
 Y no detiene el paso hasta que llega
 Y al circasiano la respuesta entrega.

XX

“ Armate, señor—dice— prontamente
 “ Que el desafío aceptan los cristianos,
 “ Y no los principales solamente:
 “ Quiérente combatir los más medianos.
 “ En mil ojos noté mirada ardiente,
 “ Y al hierro aparejadas muchas manos;
 “ Gofredo libre campo te asegura.”
 Dijo, y á armarse Argante se apresura.

XXI

Armado ya, con impaciencia estaba
 De ir su brazo á probar fuerte y robusto.
 Dice á Clorinda el Rey que allí se hallaba
 “ Que solo á la lid vaya no creo justo:
 “ Escóltale con mil de la más brava
 “ De mi gente, que escojas á tu gusto;
 “ Mas sólo á buena lid salga delante,
 “ Y ten la fuerza tú poco distante.”

XXII

Dijo, y estando ya todos armados,
 Salen de la ciudad al campo abierto;
 Al frente Argante va, de los usados
 Fortísimos arneses bien cubierto.
 De allí á do están los reales asentados
 Hay un extenso espacio descubierto
 Y sin estorbo, tal que semejaba
 Que para liza preparado estaba.

XXIII

Bajó solo y paró como es usanza,
 Del enemigo al frente el fiero Argante.
 Por su gran corazon, cuerpo y pujanza,
 Soberbia vista y rostro amenazante,
 Hace á Encélado en Flegra semejanza,
 O en hondo valle al filisteo gigante;
 Mas muchos no le temen, que aun no saben
 Las increíbles fuerzas que en él caben.

XXIV

No tiene aún Gofredo algun electo
 Como el mejor de los que allí asistian,
 Aunque todos los ojos con afecto
 Deseoso, á Tancredo se volvian,
 Que entre los más valientes, por perfecto
 Con favor manifiesto le tenian,
 Y un no dudoso murmurar se eleva
 Que el Capitan con la mirada aprueba.

XXV

Ceden todos los otros, de Gofredo
 Siendo ya el parecer tan conocido.
 “ Ve—le dice—que yo te lo concedo
 “ Y reprime el furor de ese atrevido.”
 Animoso y contento está Tancredo
 Viendo que á tal hazaña es elegido;
 Y el caballo pidiendo y la celada,
 Sale y muchos tras él, de la estacada.

XXVI

Y no llegaba al gran llano vecino
 Donde Argante esperaba todavía,
 Cuando el hermoso rostro peregrino
 De Clorinda á sus ojos se ofrecia.
 Más blanca que la nieve en cerro alpino
 Era su sobreveste; alzado habia
 La visera del rostro. En una altura
 Cuan grande era descubre su estatura.

XXVII

No mira ya Tancredo al circasiano
Que la espantosa frente eleva al cielo,
Mas paso á paso yendo por el llano
A ella los ojos vuelve con anhelo.
Luego se pára inmóvil, fuego insano
Dentro le abrasa y fuera es todo hielo;
Sólo en mirarla piensa, y parecía
El combate olvidar á que venia.

XXVIII

Argante, que no ve que preparado
Esté alguno á salir á la palestra,
Grita: "Al combate aquí desafiado
"Estoy, y aun mi adversario no se muestra."
Como atónito, el otro y elevado
Ni se mueve y que no oye bien demuestra.
Oton su corcel pica y va ligero,
Y en la vacía liza entra el primero.

XXIX

Era éste de los muchos que incitaba
Deseo de ir al reto jactancioso,
Mas que cedió á Tancredo, y cabalgaba
Por seguirle con otros, cuidadoso.
Al ver que en otra cosa ora pensaba
Y no atendia al pelear honroso,
Toma, jóven audaz cuanto impaciente,
La ocasion que se ofrece, ávidamente;

XXX

Y arranca tan veloz cual tigre ó pardo
Por la cerrada selva y encubierta,
A herir en el pagano, que gallardo
Con la gran lanza en ristre estaba alerta.
En sí vuelve Tancredo y de su tardo
Estupor, cual de un sueño al fin despierta.
Grita: "¡Es mia la lid, detente, pára!"
Mas Oton demasiado ya avanzara.

XXXI

Esto al ver se detiene, ardiendo en ira
Y en despecho que enciende su semblante,
Que á mengua tiene y con vergüenza mira
Que otro en aquella lid se le adelante.
A la media carrera un bote tira
Oton, que en el almete da de Argante,
Y éste al encuentro con el hierro agudo
Su cota pasa y ántes el escudo.

XXXII

Cae el cristiano; el golpe fué de suerte
Que del arzon lo saca y lo derriba;
El sarraceno, más membrudo y fuerte,
No cae, y en la silla firme estriba.
Luego dice al que allí yacia inerte
Con dura voz y accion despreciativa:
"Dáte vencido, y á tu gloria baste
"Poder decir que contra mí lidiaste."

XXXIII

"No—dice Oton—jamás hemos usado
"Las armas y el valor rendir tan presto;
"De mi caída otro me hará excusado:
"Yo he de vengarme ó moriré en el puesto."
Cual de Aleto y Medusa dominado
Rabioso Argante y con furioso gesto,
Grita: "De mi valor tendrás las señas,
Pues que la cortesía así desdeñas."

XXXIV

Da espuelas al caballo, y al olvido
Cuanto la ley caballeresca quiere,
Huye el franco el encuentro precavido
Y al paso el diestro lado al moro hiere;
Que éste fué gravemente y mal herido,
De la sangre en la espada el otro infiere.
Mas ¿qué gana si el golpe en nada quita
Fuerzas al vencedor y su ira irrita?

XXXV

Detiene éste el caballo en su carrera
Y atrás vuelve en tan presto movimiento,
Que Oton apenas sobre sí le viera,
Cuando ya recibió choque violento;
Tiemblan sus piernas, cual de blanca cera
Pálido el rostro y casi sin aliento
Queda del rudo golpe, y desmayado
Cae en la dura tierra el desdichado.

XXXVI

Sañoso el moro, á su corcel camino
Por sobre el pecho del caído hace.
Grita: "Todo soberbio igual destino
"Tenga, que el que á mis piés ahora yace."
Tancredo ya no pára, que el indino
Crüel hecho en el alma le desplace;
Quiere enmendar su falta que le duele,
Y que su gran valor brille cual suele.

XXXVII

Veloz corre gritando: "Alma menguada
"Aun en el triunfo infame y despreciable,
"¿Qué título de prez alta y honrada
"Esperas de ese hecho detestable?
"Entre árabes ladrones y malvada
"Turba, cierto creciste, miserable;
"Huye la luz, ve con las otras fieras
"A ensangrentar las selvas y praderas."

XXXVIII

Calló, y el musulman poco sufrido,
Sus labios muerde con furor vehemente,
Responder quiere y da ronco alarido,
Como la voz de un animal rugiente,
O cual la nube rompe, que escondido
Le guarda, impetuoso rayo ardiente:
Tal parecia con forzado trueno
Su voz salir del inflamado seno.

XXXIX

Despues que el uno al otro así denuesta
Atizando el orgullo y recia ira,
El uno y otro con carrera presta
Toma del campo y el caballo gira.
¡Oh Musa! nueva voz ora me presta
E igual furor á aquel furor me inspira:
Del hecho digno, el canto enaltecido
Imite de las armas el sonido.

XL

En ristre ponen con la punta en alto
Cada cual la nudosa y fuerte lanza;
Jamás recia carrera ó ágil salto,
Jamás veloz batir de alas alcanza
El ímpetu feroz con que al asalto
De aquí Argante, de allí Tancredo avanza.
Rompen las astas en los yelmos, sube
De astillas, rajás, chispas, densa nube.

XLI

De los golpes, en torno es conmovida
La tierra inmoble, el monte se resiente,
Mas no á los golpes ó ímpetu rendida
Alguno dobla la soberbia frente;
Chocando los caballos, tal caída
Dan, que alzarse no pueden prontamente:
Sacan ambos la espada, los estribos
Sueltan, y están de pié firmes y activos.

XLII

Cada cual cautamente al tirar lleva
La diestra, el ojo alerta y firme planta,
Va á fondo, pára ó toma guardia nueva,
En torno gira, avanza ó se desplanta;
Con finta al otro hace que se mueva,
Quita, y baja la espada ó la levanta,
Hallar procura descubierta parte,
Tratando de burlar arte con arte.

XLIII

De la espada Tancredo y del escudo
 Mal guardado presenta el flanco diestro,
 Va Argante á herirle y déjase desnudo
 De sus anchos costados el siniestro;
 El hierro el otro rebatirle pudo
 Y á un tiempo herirle, en esgrimir maestro:
 Hecho esto, se recoge velozmente
 Y se halla en guardia puesto nuevamente.

XLIV

El fiero moro, que su sangre mira
 Que manchando las armas aparece,
 Con desusado horror tiembla y suspira
 Del coraje y dolor que le enloquece;
 Da una gran voz, el ímpetu y la ira
 El acero le hacen que enderece
 Girando para herir, cuando una punta
 Siente donde á la espalda el brazo junta.

XLV

Como en cerrada selva feroz osa
 Que el cazador hirió tal rabia alienta,
 Que la arma que sintió muerde furiosa,
 Y al peligro y la muerte audaz se avienta,
 Así arde el moro en cólera rabiosa
 Con doble herida y repetida afrenta,
 Y á vengarse con tanto ahinco aspira,
 Que no ve riesgo ni á defensa mira.

XLVI

Como juntara á su extremada fuerza
 Temerario valor y largo aliento,
 Con tal ímpetu y brío el hierro esfuerza,
 Que tiembla el suelo y arde el firmamento.
 Sin tiempo el otro de que el cuerpo estuerza,
 O parar pueda, ó recudir violento,
 Ni apenas respirar, no le fué dable
 Guarecerse del moro formidable.

XLVII

Recogido y cubierto, espera en vano
 Que cese el golpear duro y terrible:
 Ya cerca se defiende, ya lejano
 Revuelve y gira cuanto le es posible:
 Mas como en nada afloje aquel pagano
 Y esperando aguantar sea imposible,
 Fuerza le es resolverse á que su espada
 A todo su poder sea meneada.

XLVIII

Vence la ira á la ciencia y la destreza;
 Las fuerzas el furor dobla y enciende,
 Golpe en vano ninguno se endereza,
 Cada uno abolla, rompe, horada ó hiende;
 Cubren pedazos de armas la maleza,
 Y sangre en ellos y sudor se extiende;
 Relámpago al brillar, trueno encontradas,
 Rayo al herir, semejan las espadas.

XLIX

Un pueblo y otro, absorto está, pendiente
 Del fin de lid tan nueva, horrenda y fiera;
 Cada cual esperanza ó temor siente,
 Segun daño ó ventaja considera;
 No hay quien se mueva, apenas quien aliente,
 Y la voz no se oye más ligera.
 Todos inmóviles, ni hablan ni se agitan,
 Si no es los corazones que palpitan.

L

Cansados ya andan ambos, y lidiando
 Tal vez allí las vidas dejarían;
 Mas la noche tan negra viene entrando
 Que las cosas más juntas no se vian.
 Dos heraldos de aquí y de allí llegando
 Al dudoso combate fin ponían.
 Arídeo, franco, es uno; otro, Pindoro,
 Que llevó el reto, astuto y sabio moro.